

no es sino una de varias putas memorables (la Beatriz, la Antonieta, la Matilde, etc.).

III, 209. “de los muy bravos toros de Jarama”: “antigua manera de aludir a los maridos cornudos”. Sí, pero aquí simple pincelada en el cuadro de la plaza de toros.

III, 236. “y las naranjas son allí un regalo”: “Suele mencionarse esta fruta en contextos clara o veladamente eróticos. Como metáfora, se aplica a los senos femeninos”. De nuevo, *exceso*. El contexto es diáfano (es una de las porciones más nítidamente didácticas): es cómodo y barato arreglarse con una mujer en la plaza de toros; las naranjas no son nada caras, “y cuesta poco un búcaro con agua” (cf. luego, 273 ss.: “Al diestro putañero un solo vaso/ de agua fría a lo más le es permitido/ para poder fingirse generoso”). ¡Nada de regalitos que cuesten dinero!

IV, 355. “mientras mi pluma a esta alma esté sujeta...”. “Dada la índole del poema no se debe descartar un juego lingüístico basado en *pluma* como objeto escriptuario y como pene”. Pero en lo que hay que pensar no es en “la índole del poema”, sino en la índole de *este* pasaje. Al lanzarse al panegírico de la poesía, forma maravillosa de conseguir mujeres, Moratín engola la voz, se pone solemne y “clásico” (cf. Garcilaso, *Égl. I*, 27; *Égl. III*, 8) para decir ‘mientras yo viva’ (o ‘mientras yo siga siendo poeta’). La idea de ‘pene’ —si es que existió en efecto *pluma* ‘pene’— es disonante, perjudicial para el contexto.

IV, 429. “No fue hermoso, mas fue muy elocuente/ Ulises, el sufrido en los trabajos...”. El hombre que sabe hablar —dice Moratín— consigue más victorias que el hombre guapo: Ulises no era ningún Adonis, pero Calipso no se cansaba de oírle “los asaltos de Troya”. Sentir que en *trabajos y asaltos* hay “un doble sentido de carácter sexual” es cerrar los oídos a la retórica de este pasaje.

ANTONIO ALATORRE
El Colegio de México

JOSÉ CEBRIÁN, *Nicolás Antonio y la Ilustración española*. Reichenberger, Kassel, 1997; 268 pp. (*Problemata Literaria*, 34).

Tenemos en las manos un libro que contribuye a quitar el velo que opacaba, por el olvido en el que se había relegado, el brillante Siglo de las Luces, siglo de los Borbones, preocupados por “desterrar la barbarie y extender la ilustración”. Se presenta aquí un amplio panorama de la gran labor editorial que se realizó en el reinado español de Carlos III, cuyo auspicio dio impulso determinante al desarrollo de la literatura, entendida ésta como “conocimiento y

ciencia de las letras” (*Dicc. Aut., s.v.*), es decir, como el saber a través de la palabra escrita.

El autor estudia las vicisitudes de la reedición, de 1783 a 1788, de las dos partes, *nova y vetus*, de la *Bibliotheca Hispana*, trabajo bibliográfico de finales del siglo xvii (1672-1696) que marcó el camino de la investigación documental para quienes en el siglo xviii buscaban reafirmar su identidad nacional dando a conocer su producción intelectual y su valía. Esta reedición, de la que se trata en el primer capítulo de la primera parte del libro, es el hilo conductor de los siguientes y los tres que forman la segunda parte. Esas páginas están dedicadas a la labor prácticamente simultánea de destacados personajes que continuaron y completaron el ideal erudito de Nicolás Antonio —algunos a la par de colaborar en la mencionada reedición— Ambrosio José de la Cuesta, catalanes como Dalmases y Ros o Finestres y Monsalvo, los sevillanos José Cevallos y Ruiz de Vargas y el conde del Águila, entre otros.

En tres extensos capítulos se estudia la *Historia literaria de España* (1766-1791) de los hermanos Rafael y Pedro Rodríguez Mohedano, laboriosa, criticada e inconclusa empresa literaria en la que los autores gastaron toda su energía y tiempo, pues era tan vasta, tan prolija y ampulosa que se volvió inaprehensible, más si se añade la intensa defensa y explicación que presentaron en las polémicas suscitadas por tal obra. Sin embargo, en los once volúmenes publicados que no cubrieron más que una parte de la época antigua, se pone en práctica el nuevo método historiográfico basado en la crítica y en la veracidad histórica, convirtiéndose en la “primera historia de las letras hispanas..., cimentada en criterios periodizadores y críticos” (p. 119).

La *Biblioteca española* (1781-1786) de José Rodríguez de Castro, rica en “información y pormenores eruditos, abarca por orden cronológico extractos bibliográficos de los judíos de España que escribieron en hebreo, árabe, español y portugués desde el siglo ix «hasta el presente», o sea, desde los remotos *orígenes* hasta el *estado actual* de esa literatura” (p. 135), fue otra labor ambiciosa, relevante en su momento, que no se concluyó, ya que sólo se publicaron dos tomos y un tercero quedó inconcluso.

El *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reynado de Carlos III* (1785-1789) de Juan Sempere y Guarinos, en clave ilustrada, aún en su *corpus* la teoría del “buen gusto” y la preocupación didáctica. Señala el autor: “Nuestro propagandista es consciente del resurgimiento cultural experimentado por el país bajo Carlos III. Pero asegura que no arraigará el *buen gusto* hasta que triunfen las reformas docentes” emprendidas por los ilustrados. Cabe mencionar que el proyecto de Sempere fue uno de los pocos que lograron concluirse.

El *Ensayo de una bibliotheca de traductores españoles* (1778) de Juan Antonio Pellicer y Saforcada, un destacado trabajo de historia litera-

ria sobre Bartolomé y Lupercio Leonardo de Argensola y Miguel de Cervantes, en un intento por aportar nuevos estudios sobre esos escritores, revalorados y “descubiertos” por los literatos de la Ilustración. Pellicer recalca el sentido de *ensayo* de su biblioteca (la primera de traductores) pues era la pauta para una obra mayor, que ya no le quedaría tiempo de lograr. Hacía hincapié en la importancia de las *bibliotecas*, explicando que su uso “es primordial porque se adquiere noticia de los «buenos y selectos libros que facilitan los progresos en las ciencias y abren el camino para la verdadera erudición», se aprende a enjuiciar con atinada crítica las obras y a discernir «las legítimas de las supuestas, las estimables de las que no merecen estimación alguna»” (p. 196).

La *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo xv* (1779-1790) de Tomás Antonio Sánchez “supo resaltar con atinados juicios lo novedoso y extraordinario de su contribución editorial, bibliográfica y crítica a la historia literaria de la Edad Media” (p. 232). Sánchez rescató y comentó textos fundamentales como el *Poema de mio Cid*, las *Poesías de Gonzalo de Berceo* (enfatisando que se debían interpretar los milagros “en clave «puramente histórica y humana, según lo dicte un juicio ilustrado y piadoso»”, p. 217), el *Libro de Aleixandre*, las *Poesías del Arcipreste de Hita* y el *Proemio e Carta de Santillana*.

Dell'origine, progressi e stato attuale d'ogni letteratura (1784-1806), del jesuita Juan Andrés y Morell, sería “la primera historia literaria que valoraba con voluntad totalizadora los más variados saberes de las diversas culturas humanas y de sus épocas sucesivas, fiel a un plan meditado y puntual que no degeneró en utópica quimera” (p. 248). Juan Andrés aportaría una obra, felizmente completa, de alcance enciclopédico, participando además de la búsqueda de un método de enseñanza en la preocupación didáctica ilustrada: la traducción que realizó Carlos Andrés (su hermano) sirvió de libro de texto en la cátedra de Historia literaria de los Reales Estudios de San Isidro creada en 1786.

Cabe destacar el estudio de las intrincadas relaciones entre los hombres del siglo ilustrado y su afán por polemizar, pues “no hubo obra de importancia o trascendencia en el Dieciocho que se librara de disensiones, sátiras, críticas o alambicadas controversias” (pp. 69-70). En ese ámbito se publican cartas y discursos que determinan en cierta medida el avance de una edición y su crítica. Al respecto, es notable la participación de la censura civil y eclesiástica, que tuvo un “decisivo y notable influjo” pues no era imparcial en sus dictámenes: “los altibajos censoriales dependían de factores de índole diversa tales como la situación política, las relaciones personales con el autor, la mentalidad del censor o su mayor o menor grado de interés por el contenido de la obra” (p. 245), participando así activamente en el desarrollo de la literatura.

Dentro del contexto de labor crítica, llama la atención el nuevo aspecto adquirido por las publicaciones periódicas. Muestra de ello es que, de manera paralela a las obras objeto de estudio en este libro, se enjuicia la labor del *Memorial Literario*, el cual con sus reseñas, comentarios y propia actitud polémica tuvo un importante papel divulgador. En igual medida se vislumbra la funcionalidad que cobra el ensayo en los intereses metodológicos, críticos y aun didácticos de los ilustrados. Ambos, incipiente periodismo y ensayo, son producto del “espíritu crítico emanado del racionalismo” (p. xvii) y se convierten en “lo más representativo de su época”: géneros, sin duda, todavía por sopesar en su justa medida.

En segundo plano, pero enmarcando de manera relevante la labor de los continuadores de Nicolás Antonio, aflora a cada paso el papel desempeñado por eruditos como Gregorio Mayans y Siscar, Santander, Pérez Bayer e, incluso, por el conde de Floridablanca, auspiciados por la monarquía ilustrada. Del primero, por ejemplo, se señala cómo impulsó e influyó en la ansiada y tardía reedición de la *Bibliotheca Hispana*, y en los trabajos individuales de varios personajes. No en balde fue quien introdujo en España “el método crítico como algo inseparable y consustancial a la historia literaria” (p.7).

Finalmente, aunque sin agotar todos los puntos de interés contenidos en este libro, no puede dejar de insistirse en la base conceptual sobre la cual se desarrolla la investigación de Cebrián: la idea de “historia literaria” fraguada y desarrollada a lo largo del siglo XVIII (como consecuencia indirecta del pensamiento científico de Bacon) y que, según Mayans, “parte de una metodología crítica que persigue tanto la averiguación de la verdad, aumentada en la evidencia documental, como distinguir «cuáles son los libros buenos y cuáles los malos», en puntual observancia de la teoría del *buen gusto*” (p. xi); se parte, pues, de la recopilación documental y de rastreo, consolidada en las bibliotecas, catálogos y demás trabajos bibliográficos, de ahí que se sustenten en Nicolás Antonio, pero evolucionando con un método crítico —sin excluir, en mayor o en menor medida, lo apologético— erudito, de valoración y juicio. Por ello se marcan a cada paso las diferencias entre *biblioteca* e *historia literaria*, de “naturaleza y método bien distintos”, y lo relevante de la toma de conciencia de los autores de esa “historia literaria”, sabedores de la importancia de su intento.

Estamos, pues, ante un estudio diacrónico que contiene un considerable aporte de referencias bibliográficas, los cuales muestran, a su vez, un puntilloso trabajo de investigación. Nada se afirma sin remitir a las fuentes documentales, y además se estudia tanto el contenido como la calidad y mérito de las obras presentadas. *Nicolás Antonio y la Ilustración española* es un libro de consulta obligada para quien se interese en el desarrollo crítico de la literatura española en el siglo XVIII.

El autor, como las obras que nos presenta, contribuye a hacer la “historia literaria”, ahora no en el sentido de los ilustrados, que buscaban reivindicar su valía intelectual, sino para dar luz a esa época; pero, al igual que ellos, con “crítica, legalidad y veracidad histórica”.

ALICIA FLORES RAMOS

Universidad Nacional Autónoma de México

LUIS ESTEPA, *La colección madrileña de romances de ciego que perteneció a don Luis Usó y Río*. Pról. de Jean-François Botrel; diálogo con Luis Díaz Viana. Comunidad, Madrid, 1998; 746 pp.

La recuperación y el estudio literario, histórico y sociológico de lo que se ha dado en llamar “literatura de cordel”, especialmente la de los siglos XVIII al XX, es una de las asignaturas pendientes más necesarias y sugerentes que tiene por delante el hispanismo actual. El tradicional desprecio de gran parte de la crítica por un género que ha sido considerado menor, marginal y destinado únicamente a alimentar circuitos de difusión y consumo de una subliteratura de masas sólo puede entenderse como una miope falta de conocimiento y de perspectiva de lo que es este repertorio, y como resabio abusivo y erróneo de una tendencia a repartir etiquetas de prestigio literario que muchas veces prueba más la estrechez de criterio de sus impositores que las supuestas calidad o deleznablez de sus objetos de estudio.

Libros como el de Luis Estepa, al poner hermosa y dignamente al alcance de críticos y del gran público repertorios extensos y representativos de pliegos de cordel del siglo XIX, permiten apreciar las bellezas e interés de esta literatura, al mismo tiempo que abren insospechadas posibilidades de análisis crítico. Asombra, en efecto, comprobar hasta qué punto este denso conjunto de poemas “de ciego” constituye una apretada encrucijada de motivos literarios y culturales cuyo conocimiento habría de ser extraordinariamente provechoso para los especialistas en lírica tradicional, en romancero o en cuentística, pero también en poesía culta de la Edad Media o del Barroco, en historia, en historia de las mentalidades, en sociología, etcétera.

Efectivamente, y centrándonos sólo en algunos ejemplos entre muchos posibles, un estudioso de la lírica popular debería poder comparar el ingeniosísimo romance del cornudo Marcos de Cabra (pp. 687-690) con venerables canciones de maridos mansos llamados Marcos, como la que en el *Tesoro* (1611) de Covarrubias o en el *Voca-*